

GALDOS EN LA EXPOSICION UNIVERSAL DE PARIS DE 1867

Juan-Luis Guereña

(Universidad de Tours.-Francia)

«Los concursos, las exposiciones, los certámenes constituyen una de las más importantes y curiosas fases de la actividad moderna», constata Galdós en 1865, en una de sus «revistas de la semana» de *La Nación*¹. En particular las Exposiciones universales de la segunda mitad del siglo XIX, acontecimientos extraordinarios que atraen a millones de visitantes. «Si el siglo actual recibe con el tiempo un mote histórico, es posible que se llame el *siglo de las Exposiciones*», comenta José de Castro y Serrano². Manifestaciones a favor del progreso técnico, pero también espectáculos y fiestas populares, las Exposiciones universales no podían dejar indiferente al joven Galdós, periodista curioso³. En particular, la Exposición universal de París de 1867, ocasión de un primer viaje a París, le dejará recuerdos imborrables. Más tarde, Galdós tendrá ocasión de visitar y de comentar para los lectores de *La Prensa*, las Exposiciones universales de Barcelona en 1888⁴, y de París en 1889⁵. En 1867, se trata de un viaje a título privado, en familia, y por lo tanto no tiene ningún compromiso periodístico⁶. A pesar de la casi ausencia de testimonio inmediato⁷, el viaje parisino, el doble viaje de 1867 y 1868, con la Exposición universal en primer plano, vuelve a menudo bajo su pluma con la nitidez de lo revivido. En 1889, el tener que comentar para el periódico argentino la Exposición universal que se abre aquel año en París le ofrece la oportunidad de dedicar un artículo a la Exposición de 1867⁸:

«No viene mal en esta ocasión un recuerdo de acontecimiento análogo a la actual solemnidad parisiense: la Exposición de 1867; *los veintidós años transcurridos desde tal fecha no han borrado de mi memoria los esplendores de aquellos días que eran los más brillantes del segundo imperio*».

En 1907, en el último *Episodio Nacional* de la cuarta serie, *La de los tristes destinos*, que se sitúa entre el 22 de junio de 1866 y el 19 de setiembre de 1868,

Galdós hace llegar a su protagonista principal, Santiago Ibero, a París en 1867 «en los días febriles de la *Exposición Universal*»⁹, lo que le permite utilizar sus propios recuerdos, que detallaría unos años más tarde en sus *Memorias de un desmemoriado*¹⁰. A pesar del tiempo transcurrido —casi medio siglo— el recuerdo sigue intacto: «*Me parece estar viendo a Napoleón III (...)*», apunta Galdós¹¹. Volverá Galdós varias veces a París¹², pero el primer viaje a la capital francesa en el verano de 1867 cuando la Exposición universal borra a los demás. ¿Cuáles son pues estos recuerdos de 1867 intactos en la memoria de Galdós? La importancia de los años anteriores al lanzamiento de los *Episodios Nacionales* en la biografía del novelista¹³ queda patente en este viaje «principalmente porque pudo ver a España desde fuera, porque alcanzó una mayor y más clara perspectiva del momento en que se vivía y de los problemas españoles»¹⁴. La Exposición, gigantesca confrontación internacional, precisa esta toma de conciencia prenoventaiochista. «La Exposición Universal de 1867 es una síntesis del progreso humano: todo concurre a ella, todos han trabajado para ella, ella lo representa todo», observa José Castro y Serrano en su *Revista de la Exposición Universal de 1867*¹⁵. Los 52.200 expositores proceden efecto del mundo entero: 15.969 de Francia, 6.077 de Inglaterra, 4.946 de Turquía, 4.140 de Italia, 2.648 de España, 2.489 de Alemania del norte, 2.044 de Austria, 1.918 de Bélgica, 1.883 de Portugal, 1.414 de Rusia, 1.339 de Brasil, 1.083 de Suecia y Noruega, 1.061 de los principados rumanos, 1.006 de Suiza¹⁶. Venían después los Estados Unidos de América, los Países Bajos, Grecia, las Repúblicas sur-americanas (principalmente Argentina)... A tal concentración de productos repartidos en diez grupos y 95 clases¹⁷, corresponde una afluencia extraordinaria de público, unos diez millones de visitantes, o sea una media de más de 45.000 por día durante los 217 días de apertura de la Exposición, del 1.º de abril de 1867 al 3 de noviembre¹⁸. «¿Quién no querrá ver este resumen, este epílogo de toda la tierra?», interroga Castelar, emigrado en París por aquel entonces¹⁹:

«Estoy bien seguro de que en este momento la preocupación de todas las naciones, el pensamiento de todos aquellos que gustan o desean viajar, ver tierras, recorrer el mundo, es París, la capital de Europa, sus calles, sus plazas, sus monumentos, su aspecto. ¿Quién dejará de ver esta ciudad, que en los primeros días de la primavera encerrará representantes de todas las naciones, ejemplares de todas las razas?».

El viaje a París

Galdós se sume así al «gran número de españoles de todas castas que en aquellos días había en París, atraídos por la interesante y espléndida *Exposición*»²⁰. Varios miles de españoles cruzan en efecto la frontera en 1867: de los 200.346 extranjeros censados en los hoteles parisinos por los servicios de policía, 7.749 son españoles²¹. Total modesto sin duda (menos del 4 % del total de extranjeros), pero al que cabe añadir la importante colonia española en París, emigrados en particular en este año pre-revolucionario, y en cierto modo los visitantes latino-americanos²². Entre los visitantes españoles, podemos distinguir los expositores, los miembros de la Comisión española de representación

y estudio de la Exposición y del jurado, los «artesanos discípulos observadores de la Exposición universal de París»²³, los periodistas²⁴ y los encargados de una misión de estudio por un organismo oficial o privado²⁵. Finalmente, la categoría más difícil de perfilar es la del mero turista. Y, en general, no sabemos gran cosa de los viajes de españoles al extranjero²⁶. La estancia de Galdós en el París de 1867 puede ayudarnos a precisar motivaciones, centros de interés e impresiones de un *turista* español en el París de la Exposición universal.

El porqué del viaje de Galdós a París es bien conocido; él mismo ha evocado en sus *Memorias* esta ocasión extraordinaria de desplazarse a París facilitada por su familia²⁷:

«(...) Al aproximarse el verano del 67 llegó a Madrid una persona de mi familia con un hijo suyo, mi sobrino, y me dieron la grata noticia de que me llevarían a París a ver la Exposición Universal, el acontecimiento culminante de aquel año. ¡Oh sorpresa del Destino en la vida de las criaturas! ¡Ora sean éstas hombres bárbaros, ora muchachos imberbes! Parecíamos un sueño, un cuento de hadas, verme yo transportado a París, la metrópoli del mundo civilizado».

El entusiasmo del joven de 24 años queda vivo unos cincuenta años más tarde. Y efectivamente para un joven sin recursos financieros fijos²⁸, la posibilidad de pasar una temporada en París, centro de atracción en sí, era una oportunidad extraordinaria, valorada como tal por su beneficiario, y que dejará hondas huellas. El mecenas que contribuye al viaje parisino es su cuñado José Hermenegildo Hurtado de Mendoza enriquecido en Cuba²⁹. La ayuda de los Hurtado de Mendoza (José Hermenegildo, casado con Carmen, la hermana de Benito, y Magdalena, hermana de José Hermenegildo, casada con el hermano mayor de Galdós, Domingo) es decisiva en las primeras actividades del novelista —empezando por sus estudios madrileños, y va mucho más allá que un largo viaje, incluso a París³⁰.

No se trata de una ida y vuelta: Galdós y sus familiares van a quedarse varios meses en París, tiempo suficiente para una visita detallada de la Exposición y de París. Llegan a París en mayo³¹, o sea un mes tras la apertura de la Exposición el 1.º de abril, y permanecerán en la capital «el verano entero»³² «desde mayo a octubre»³³. El 15 de octubre en efecto, solicita que se le admita la matrícula en la Universidad madrileña³⁴, y el 4 de noviembre la *Revista del Movimiento intelectual de Europa*, tras su reaparición dos días antes, publica un artículo suyo. Varios meses pues de descanso, de maduración de la obra literaria, sobre todo tras el segundo viaje a París:

«Con las personas que me llevaron a París volví a Madrid sin incidente notable, y en el intervalo entre este primer viaje y el segundo (1868) saqué del cajón donde yacían mis comedias y dramas y los encontré hechos polvo; quiero decir, que me parecieron ridículos y dignos de perecer en el fuego. Pasados algunos meses, reanudé mi trabajo literario, y sin descuidar mis estudios en la Universidad, me lancé a escribir *La Fontana de Oro*, novela histórica, que me resultaba fácil y amena. Un impulso maquinal, que brotaba de lo más hondo de mi ser, me movió a este trabajo, que continué metódicamente, hasta que llegaron personas de mi familia para llevarme a París por segunda vez»³⁵.

Este segundo viaje a París se efectuará como el primero por ferrocarril: «Ferrocarril del Norte, frontera pirenaica, mediodía de Francia y Orleáns, hasta dar fondo en la *ciudad luminosa*»³⁶. Terminada en 1864, la línea del ferrocarril del Norte (631 kilómetros de Madrid a Irún) permite alcanzar la frontera francesa desde Madrid en 19 horas por expreso o en 35 horas por ómnibus³⁷, por un precio de 277 reales 75 céntimos en primera, 208 reales 50 céntimos en segunda, 125 reales 25 céntimos en tercera³⁸. De Madrid a París, el viaje cuesta 669 reales 25 céntimos en primera³⁹.

En *La de los tristes destinos*, Galdós describe la llegada en tren a París, muy verosímilmente sobre la base de recuerdos personales⁴⁰:

«Al anochecer del día siguiente vieron que a un lado y otro del tren en marcha se iniciaba la aglomeración de alegres pueblecillos, de granjas admirables, de quintas escondidas entre bosques espesos; vieron la muchedumbre de fábricas y talleres con sus chimeneas humeantes, las estaciones de una y otra línea transversal, los edículos y almacenes, los gasómetros, el sinfín de construcciones que anuncian la vida industriosa y opulenta de una gran metrópoli».

«La metrópoli del mundo civilizado»

Para Santiago Ibero, como para Galdós, París es un verdadero mito. «Parecíame un sueño de hadas, verme yo transportado a París, la metrópoli del mundo civilizado», recuerda aún maravillado Galdós⁴¹. Y París conservará al filo de los años este poder de atracción⁴². Atracción razonada por el conocimiento que ya tiene de la ciudad. Al llegar a París en mayo de 1867, las imágenes de la capital proceden únicamente de sus lecturas, en particular las obras de Balzac ya adquiridas⁴³.

La primera impresión de Santiago Ibero es la claridad de la *ville lumière*⁴⁴:

«Era ya noche cerrada. Ibero miraba con avidez por encima de las filas de vagones parados, máquinas y objetos mil de intensa negrura, y veía un extenso y vivo resplandor que invadía gran parte del cielo... 'Es París —exclamó—. Parece que arde'. Y risueña, radiante de alegría, respondióle su compañera: 'No es incendio, es claridad'».

Esta avidez por conocer París se concretará muy pronto por una exploración metódica de la ciudad. «Devorado por febril curiosidad, en París pasaba yo el día entero calle arriba, calle abajo, en compañía de un plano, estudiando las vías de aquella inmensa urbe, admirando la muchedumbre de sus monumentos, confundido entre el gentío cosmopolita que por todas partes bullía», explica Galdós en sus *Memorias*⁴⁵. Al cabo de poco tiempo, la ciudad tan anhelada queda desvelada, sin misterio, comparada a Madrid:

«A la semana de este ajeteo ya conocía París como si éste fuera un Madrid diez veces mayor»⁴⁶.

Prototipo del turista inteligente y activo, Galdós utiliza los instrumentos que permiten adentrarse sin peligro en las entrañas urbanas: planos y guías. En *la de los tristes destinos*, simbólicamente, el plano reemplaza al hombre⁴⁷:

«El primer día le acompañó en este sabroso estudio un chico, hijo de un comisionista español, vecino de piso en la casa de *Paradis*; pero luego se procuró un

plano, y con este amigo mudo se libró del otro, que era harto entrometido y molesto. Solito recorría París de punta a punta, viendo y admirando tanta grandeza y maravilla».

En este año de Exposición planos, indicadores, guías de toda clase florecen, a veces dirigidos especialmente al visitante de habla hispana: *París diamante*⁴⁸, *Guía de París*⁴⁹... En el catálogo de la biblioteca de Galdós, figuran dos planos de París, desgraciadamente sin fecha⁵⁰, y una Guía del viajero en Francia⁵¹. Aparte la Exposición misma, las andanzas galdosianas le conducen a «admirar las joyas artísticas del Louvre, de Luxemburgo o las riquezas arqueológicas del Museo Cluny» o a recorrer los puestos de los libreros de viejo⁵²:

«Frecuentes paradas hacía en los puestos de libros, que allí son cajones exhibidos en los *quais*, a lo largo del Sena».

En la novela, Galdós añade otros polos de interés⁵³:

«Aprovechaba Ibero su tiempo tan metódicamente, que en pocos días dio rápidos vistazos a las salas del Louvre, a Cluny, a los Inválidos, al bosque de Bolonia; subió al Arco de la Estrella, a la Columna de Vendôme, al Pozo artesiano de Grenelle, alternando este recreo instructivo con las visitas a la *Exposición*».

De sus visitas al Museo de Louvre, Galdós nos ha dejado otro testimonio de interés en su segundo artículo en la *Revista del movimiento intelectual de Europa* tras su reaparición en noviembre de 1867⁵⁴:

«Cuando voy al Museo real y me detengo a admirar el retrato de Lissa Giocondo, pintado por Leonardo Vinci; el de Lucrecia Fede, obra maestra del Sarto, o el de la duquesa de Oxford, debido al pincel de Van Dick, no puedo resistir a la atracción que ejerce sobre mí aquella vida expresada con contornos y colores (...)».

Pero aparte monumentos o museos, es el espectáculo urbano el que le atrae, el París de finales del Segundo Imperio transformado brutalmente bajo la dirección del *préfet* Haussmann⁵⁵:

«El resto de mi tiempo, en aquel verano, lo empleaba paseándome, observando la transformación de la gran Lutecia, iniciada por el Segundo Imperio. Los Bulevares Haussmann, Malesherbes, Magenta y otros de la orilla derecha, así como los de Saint Germain y Saint Michel en la otra orilla izquierda, estaban en construcción. No se veían más que derribos de barrios enteros y enormes hileras de andamios».

En estos paseos solitarios, Galdós queda «confundido entre el gentío cosmopolita que por todas partes bullía»⁵⁶, perdido «en el caudaloso río de gente y caballos»⁵⁷. En esta concentración humana, crecida por la Exposición, y hacia la que siente algún temor⁵⁸, Galdós encuentra un punto de referencia en sus compatriotas, «el gran número de españoles *de todas castas* que en aquellos días había en París, atraídos por la interesante y espléndida *Exposición*»⁵⁹. Con el protagonista de *La de los tristes destinos*, descubrimos su espacio de reunión⁶⁰:

«Habíanle dicho que si quería ver españoles se fuera al pasaje Juffroy, y, asistido de su plano fiel, allá se encajó un mañana... No hizo más que llegar, y le salieron dos compatriotas, uno de ellos con su capa, terciada garbosamente».

Pero entre los emigrados y los visitantes media un mundo. Reveladora es la actitud de Maltranita, venido a París para la Exposición, frente al emigrado Ibero:

«Aunque Maltranita vio a Santiago y sin duda le había conocido, no creyó decoroso saludarle, por la inferioridad jerárquica que anunciaba el traje del amigo»⁶¹.

La Exposición universal

Con Maltranita y su esposa, nos encontramos ante el prototipo del visitante medio, más bien rico desde luego para venir desde Madrid en semejante ocasión —¿crítica implícita de sus familiares?, y que en la Exposición almacena «en su cerebro impresiones bien catalogadas, para llevarlas a Madrid y despata-rrar a la gente con el recuento maravilloso» de lo que había visto⁶². Es así como la *Guía del expositor y del visitante*⁶³ describe a la mayoría del público:

«Il vient, d'abord, visiter et voir, ensuite étudier et s'instruire. On n'hésite pas à traverser l'Europe pour venir à une Exposition universelle. Une famille entière se déplace. Ce voyage fera époque dans sa vie; il faut pouvoir dire qu'on a été à telle ou telle exposition».

«Estudiar y divertirse», tal podría ser el lema de la Exposición. «La Exposición, precisa Galdós⁶⁴, ofrecía variedad inmensa de atractivos, y respondía al doble objeto de estudiar y divertirse, que caracteriza a estos grandes certámenes». Y así podemos imaginarnos a Galdós en la Exposición y en París, sin aburrirse en este verano de 1867. Como para Ibero, «los días se deslizaban fáciles y entretrenidos en la inmensa metrópoli»⁶⁵.

Presentación de la actividad humana, fiesta y espectáculo permanente, la Exposición universal es por eso mismo símbolo de paz en este final de Imperio, de concordia y fraternidad universal:

«Pero no es todo exterminio, desorden, cataclismos y casos espantables. La herencia del año 68 cuenta entre sus numerosas cláusulas algunas de felicísimo carácter, de noble y tranquilo contenido. El año del Chassepot produjo también la Exposición universal de París»⁶⁶.

Lo primero que nota Galdós es la afluencia extraordinaria de público. «Hallábase París en los días febriles de la *Exposición Universal*, en que Francia hizo potente alarde de su industria, de su riqueza y mentalidad luminosa, recuerda en *La de los tristes destinos*⁶⁷; eran los días de la gran apretura de hospedajes: media Europa invadía París; otra media, hacía cola». Más que por las calles, las apreturas molestan físicamente a Galdós⁶⁸:

«Si he de decir la verdad, la Exposición me mareaba, me aturdí, y siempre salía de allí con dolor de cabeza».

Sin embargo, Galdós visita con atención la Exposición. El Palacio de la Exposición primero en el *Champ de Mars* y donde se halla lo esencial de la Exposición:

«La Exposición se celebraba en el mismo sitio de la actual, el *Campo de Marte*, que propiamente debemos llamar Campo de Marzo. Claro que en comparación de lo que se ha hecho hoy, las obras de aquel tiempo aparecerían mezquinas;

pero entonces eran el último esfuerzo de la arquitectura fabril. El edificio único, con su combinación acertadísima de galerías elípticas y radiadas, era en verdad grandioso (...)»⁶⁹.

La distribución imaginada por el comisario general Le Play para este «inmenso barracón elíptico»⁷⁰ era ingeniosa: una clasificación espacial de doble entrada (productos similares, naciones) que guiara al visitante en el gigantesco laberinto de la Exposición. Triunfo de la racionalidad «en el gigantesco palacio del Campo de Marte, o de Marzo, construido en forma elíptica con la más lógica y práctica distribución que pudiera imaginarse. Las líneas ovals guiaban al curioso en dirección de las materias expuestas; las líneas radiales, en dirección de las naciones que exponían»⁷¹. En el medio se hallaba un jardín. En total, el palacio, deducido el espacio de los pasillos, ofrecía algo más de 100.000 metros cuadrados de superficie disponible. Salvo el grupo I.º (Obras de arte), el conjunto de los grupos presentado en el Palacio ocupaba 49.280 metros cuadrados⁷²: Francia, 23.118; Gran Bretaña, 8.795; Alemania del norte, 3.879; Austria, 2.703; Bélgica, 2.030; Rusia, 1.224 y ...España, 458⁷³.

Pero el Palacio no lograba absorber la totalidad de la Exposición que desbordaba por todas partes en «anexos y pabellones sueltos (...) complemento de aquella imponente unidad»⁷⁴:

«Por primera vez se pensó entonces en quitar a las exposiciones aquel aspecto de masacote uniforme que antes tenían, y se crearon las instalaciones sueltas de cada país, con el sello característico de trajes y costumbres».

En *La de los tristes destinos*, Maltranita y su esposa se pasean en «el Parque de incomparable amenidad que rodeaba el palacio (...)», «(...) se detenían ante cada una de las instalaciones del parque, poniendo todo su asombro, lo mismo en el gigantesco cañón de Krupp o el martinete del Creusot, que en la cabaña suiza, llena de chucherías de tallada madera»⁷⁵. Se trata en efecto de algunas de las curiosidades de la Exposición.

Pero la Exposición no es sólo este derroche de máquinas extraordinarias, de productos extraños, es también una «perpetua fiesta»⁷⁶, con revistas militares, visitas de soberanos extranjeros, que atraen al público y a Galdós:

«(...) Mi mayor goce era presenciar las grandes solemnidades públicas, como la revista militar que pasa el Emperador a las tropas en los Campos Elíseos. Me parece estar viendo a Napoleón III con sus bigotes engomados y su perilla, según la moda de aquel tiempo; el pecho lleno de cruces; figura en verdad poco napoleónica. También hice entonces conocimiento visual con la bellísima emperatriz Eugenia y con los Soberanos europeos que fueron a visitar la Exposición, entre ellos el Rey de Portugal, Don Luis I; el Sultán de Turquía y el rey Guillermo de Prusia, que tres años después, derrotado Napoleón en Sedán, se coronó Emperador de Alemania en Versalles»⁷⁷.

Todos estos soberanos dejaron impresiones en Galdós, que se complace en dibujar pequeñas siluetas: el «buen Rey de Prusia, con su «fisonomía bondadosa y su corpulenta estatura»⁷⁸, la Emperatriz Eugenia, «nuestra compatriota», «de asombrosa belleza, señora, además, de mucho entendimiento, y que empuñaba, sin género de duda, el cetro de la elegancia universal». No menos de 57

soberanos y príncipes reales visitaron en efecto la Exposición⁷⁹, contribuyendo a la multiplicación de fiestas y recepciones. Algunas dejaron hondo recuerdo en Galdós⁸⁰:

«Recuerdo perfectamente, como si la hubiera presenciado ayer, la fiesta del 15 de agosto, que parecía una solemnidad asiática. Las multitudes que la presenciaban recordaban las emigraciones de los pueblos.

(...) Recuerdo también la parada de cincuenta mil hombres a que asistió con el Emperador el Sultán de Turquía Abdul Azis, y el desfile en Longchamps en el tiempo que duró la Exposición (...).

La Exposición de 1867 representa uno de los últimos destellos del Segundo Imperio francés antes de las tormentas venideras. En 1889, para los lectores de *La Prensa*, resalta este carácter de última fiesta imperial, «los esplendores de aquellos días que eran los más brillantes del segundo imperio»⁸¹:

«No se vilumbraba en aquel tiempo la caída del coloso, y más fácil era contemplar su cabeza de oro que descubrir la fragilidad de sus pies de barro».

España en la Exposición

Pero Galdós no se contenta con una crónica mundana o anecdótica. La Exposición de 1867 es una ocasión de situar España en el conjunto mundial, verla desde fuera. Y seguramente como para Costa⁸², pero en menor grado, la Exposición actúa como revelador, más que de un subdesarrollo económico frente a sus vecinos europeos, de una «sobra de ignorancia y descuido»⁸³. Es desde luego la lección que saca inmediatamente después de la Exposición, y el mensaje que desea enviar a sus lectores de *La Nación*:

«Aunque nos dé rubor el confesarlo, hicimos papel muy triste en el gran concierto universal de 1867. En la sección de Industria principalmente, el nombre español quedó bastante malparado, y en la de Productos agrícolas y químicos, donde con tanta ventaja podíamos habernos presentado, hicimos poco, más que por falta de objetos, por sobra de ignorancia y descuido; y porque nos falta, como hace notar oportunamente el Sr. Castro y Serrano, esa especial facultad de exhibición, que es una de las principales dotes del genio francés. La particular habilidad en el ornato y en la distribución es tan esencial, cuando de un concurso se trata, que sin ella, las cosas de más mérito, lo más rico y hermoso, queda postergado y oscurecido. Esto le ha sucedido a España. Su industria no hubiera nunca llamado grandemente la atención; pero en cambio, sus materias primas, sus materiales de artes liberales; pero en cambio, sus materias primas, sus materiales de artes liberales, sus objetos de historia del trabajo hubieran podido, si no rivalizar absolutamente con otros países, sostener sin embargo el nombre que debe tener como nación inteligente y activa».

En todas las secciones de la Exposición, Galdós descubre esta falta de atención que va en contra de los intereses de España y hiere su sentimiento de dignidad nacional:

«(...) Los cuadros por ser cuadros, y las artes por ser artes, (no) merecieron en la colocación y el ornato más consideraciones y miramientos que los potes químicos y los ejemplares selvícolas y minerales. Las artes con ser artes no tuvieron

mejor fortuna: allí estaban en un recinto estrecho, con escasa luz y tan poco espacio, que apenas podía encontrarse el punto de vista de una composición, y resultaba trastornada la perspectiva y pálido o falseado el color. A esto se añadía una distribución muy mala, es decir, lienzos de gran dimensión colocados en la parte baja, y otros muy pequeños lindando con el friso; otros tan pegados al ángulo de la pieza, que para verlos era preciso acercarse demasiado a la pared, con peligro de estropear un marco o deteriorar una pintura»⁸⁴.

Pero Galdós no precisa su denuncia, no concreta sus acusaciones. ¿Trátase sólo de una reacción de orgullo herido? Reacción exacerbada al constatar *de visu* las capacidades francesas en celebrar exposiciones, «reunir mucha y diversa gente, entretenerla, alegrarla, y explotarla con tantísima gracia»⁸⁵:

«Ninguna otra ciudad del mundo posee los atractivos, el *gancho*, digámoslo así, de la gran Lutecia, la graciosa y siempre joven cortesana, igualmente seductora con la República que con el imperio.

(...) Lo mismo agasaja a los Reyes que a los tribunos, y cuando da estas solemnes recepciones, en que invita a todas las naciones, centuplica sus amabilidades, se hermosea, se excede a sí misma, y sus huéspedes, al despedirse, salen encantados, deseando ser invitados nuevamente».

La incapacidad española en *seducir* (falta de sentido comercial) revela en realidad un desinterés en promover España y sus productos, una desidia que Galdós no soporta. El caso de la exposición agrícola (grupo VIII) celebrada en la isla de Billancourt le parece sintomático de la incuria española. «España, la nación proverbialmente agrícola y ganadera, no sólo no tuvo premio, pero ni figuró siquiera en el catálogo de esa exposición agrícola»⁸⁶. Más que todo, el que Marruecos obtenga recompensa desarrolla su rabia:

«Confesad, prescindiendo de enconos nacionales, que es verdaderamente asombroso, contundente y piramidal ese carnero del emperador de Marruecos, premiado en la exposición agrícola de Billancourt.

(...) Contentémonos con llenarnos otra vez de la más justa indignación al considerar la astuta manera que han empleado los marroquíes para vengarse de nosotros. ¡Mandar un carnero a la exposición de París! tener la osadía de disputarnos el premio, a nosotros, a España, la nación eminentemente agrícola, ganadera y carneril.

A pesar de todo, fuerza es que nos confesemos burlados. Marruecos nos ha topado».

El total de premios obtenidos en la Exposición no es ridículo sin embargo: 521 para 2.648 expositores⁸⁷, o sea el quinto lugar (si exceptuamos Francia, evidente ganadora, con 10.103 recompensas sobre 19.776, tras Gran Bretaña (1.747), Prusia y Alemania del norte (1.174), Austria (1.061), e Italia (801). Es esta noción de *justa* jerarquía mundial que quedaba malparada con el asunto del carnero: restablecerla, «sostener el nombre que debe tener (España) como nación inteligente y activa»⁸⁸, he aquí la preocupación del *patriota* Galdós.

Parece lógico que Galdós se interese particularmente en el grupo I.º de la Exposición (Obras de arte), y dedique un artículo a «La pintura española en la Exposición universal de París». Desde muy joven en efecto Galdós manifestó

su afición a la pintura junto a otras formas artísticas. En el marco de la Exposición de 1867, la pintura tiene un papel patriótico de *revancha*:

«La pintura ofrecía tal vez una excepción feliz en el concepto general que de la sección española debe formarse. A primera vista, había quizá en aquel pequeño salón algo de la desapacible oscuridad e ingrato aspecto que abatía nuestro ánimo al examinar el resto; pero observando detenidamente y comparando en calma las escasas obras de nuestros artistas con las innumerables del salón francés, fácil era notar que en aquel estrecho recinto, cubierto con veinte o treinta telas, España había tenido como una rehabilitación o desagravio de todos sus desaciertos agrícolas e industriales»⁸⁹.

Pero Galdós no se muestra totalmente de acuerdo con el número y la elección de los artistas españoles:

«La colección, aunque pequeña, es bella; si no puede dar una idea del estado de florecimiento en que la pintura española se encuentra hoy, contribuye por lo menos a destruir las preocupaciones que los artistas y críticos extranjeros tienen respecto al ente español del siglo XIX. Por lo demás, ni los cuadros expuestos en París son lo más selecto de nuestras exhibiciones, ni por su número pueden representar dignamente la brillante pléyade de pintores que de diez años a esta parte pugnan felizmente por rehabilitar el nombre artístico de este pueblo, cuya pintura no ha reconocido más rival que la italiana del siglo XV»⁹⁰.

Obsesionado por su preocupación de devolver a España el lugar que le parece ser el suyo —de ahí que reivindicó el género histórico en pintura, olvida Galdós de referirse a la Exposición fuera de la Exposición al mencionar la escuela francesa, o sea Manet y Courbet, rechazados de la Exposición oficial, y que exhiben sus obras al frente del Palacio en un barracón.

Para terminar con la sección española en la Exposición, mencionemos el restaurante español, «servido por el Café Universal de la Puerta del Sol»⁹¹.

La Exposición de 1889 le permite a Galdós echar una ojeada hacia atrás comparando las diversas exposiciones universales, destacando la de 1867:

«Fue aquella (1867) la primera gran exhibición celebrada en Francia, pues antes sólo Inglaterra, inventora de estas enormes fiestas, las había podido celebrar. Pero hay que convenir en que Francia se ha adiestrado tanto en el arte de organizarlas, que hoy no la supera en él ni su misma maestra, la constructora del Palacio de cristal y de todas las maravillas de 1851»⁹².

La Exposición universal, que dejó hondos recuerdos en Galdós, le obliga en pensar España, su lugar en la jerarquía mundial, constatando la ineficacia de los responsables españoles —pero sin acusar a nadie— en presentar la sección española a las miradas extranjeras. Como lo confesaba un año antes, «España es el país de los proyectos y de los castillos en el aire»⁹³.

¹ 17-V-1868, artículo recopilado por W. H. SHOEMAKER, *Los artículos de Galdós en «La Nación», 1865-1866, 1868*, Insula, Madrid, 1972, p. 522. No olvidemos que Galdós participa en la Exposición Provincial de Las Palmas de 1862, en la sección de Bellas Artes (cf. H. CHONON BERKOWITZ, *Pérez Galdós Spanish Liberal Crusader*, The University of Wisconsin Press, Madison, 1948, pp. 33 y J. BEYRIE, *Galdós et son mythe*, t. I, Atelier de reproduction des thèses, Lille, 1980, p. 69).

² *Cuadros contemporáneos*, Imprenta de T. Fortanet, Madrid, 1871, p. 77. Castro y Serrano escribió sendos libros acerca de las Exposiciones universales de Londres de 1862 (*España en Londres. Correspondencias sobre la Exposición universal de 1862*, Imprenta de T. Fortanet, Madrid, 1863, 438 p.) y de París de 1867 (*España en París. Crónica de la Exposición universal de 1867*, Librería de A. Durán, Madrid, 1867, 64 p., y *España en París. Revista de la Exposición universal de 1867*, Librería de Durán, Madrid, 1867, 10 n.º, 204 p.). Galdós reseña su obra *Los Cuartetos del conservatorio. Breves consideraciones sobre la música clásica en La Nación* del 6-IV-1866 (*Los artículos de Galdós en «La Nación»*, op. cit., pp. 318-321), y lo cita en su artículo de *La Nación* del 10-II-1868 acerca de la Exposición universal (op. cit., p. 416), por lo que conocía sus obras acerca de las Exposiciones universales.

³ Cf. su «Revista de la semana» en la *Revista del Movimiento intelectual de Europa*, II, 5-II-1866 (en la edición de L. J. HOAR Jr., Benito Pérez Galdós y la *Revista del Movimiento intelectual de Europa. Madrid, 1865-1867*, Insula, Madrid, 1968, p. 139): «(...) La índole de nuestro periódico y su carácter de reseña universal, aunque modesta, nos obliga a buscar acontecimientos lo mismo aquí que en Francia o en Italia». En su «Crónica de la quincena» de *La Ilustración de Madrid*, Galdós evocará el proyecto de Exposición universal en Madrid en 1872 (n.º 34, 30-III-1872, n.º V de la edición de W. H. SHOEMAKER, *Crónica de la Quincena*, Princeton University Press, Princeton, 1948, pp. 106-107, y n.º 58, 30-V-1872, n.º IX de la ed. cit., pp. 137-138), y la Exposición universal de Viena de 1873 (n.º 56, 30-IV-1872, n.º VII, pp. 123-124). En el catálogo de la biblioteca de Galdós establecido por BERKOWITZ (*La biblioteca de Benito Pérez Galdós. Catálogo razonado precedido de un estudio*, Ediciones El Museo Canario, Las Palmas, 1951, pp. 221-222) dos obras relativas a la Exposición universal de Londres de 1851 (*Nouveau guide à Londres pour l'Exposition de 1851*, París, 1851, y W. AYUALS DE IZCO, *La Maravilla del siglo. Cartas a María Enriqueta, o sea, Una visita a París y Londres durante la famosa Exhibición de la Industria Universal de 1851*, Madrid, 1852), amén del libro de Emilia Pardo Bazán sobre la Exposición universal de París de 1900 (*Cuarenta días en la Exposición*, Madrid, 1900 —pero sin cortar), testimonian del interés de Galdós para las Exposiciones universales.

⁴ Cf. la edición preparada por W. H. SHOEMAKER, *Las cartas desconocidas de Galdós en «La Prensa» de Buenos Aires*, Ed. Cultura Hispánica, Madrid, 1973, p. 200, pp. 310-323, y la edición de A. GHIRALDO, *Obras inéditas de Galdós*, vol. IV (*Política española*), Renacimiento, Madrid, pp. 133-138.

⁵ Cf. *Las cartas desconocidas de Galdós en «La Prensa»*, op. cit., pp. 354-379.

⁶ Los periódicos en los que escribe Galdós (*La Nación*, *Revista del Movimiento intelectual de Europa*) han sido suspendidos a raíz de los sucesos de 1866 y sólo volverán a publicarse a fines de 1867 (el 2-XI-1867 *La Revista*) y principios de 1868 (2-I-1868 *La Nación*), o sea después de la celebración de la Exposición.

⁷ Salvo el artículo del 10-II-1868 de *La Nación* ya citado («La pintura española en la Exposición universal de París») y algunas otras alusiones. Berkowitz habla de un diario empezado en francés (op. cit., p. 52): «The urge to record at once his most vivid impressions inspired him to keep a diary in French. But his knowledge of the language proved inadequate and he soon suspended this literary exercise».

⁸ *La Prensa*, 20-VI-1889 (pero el artículo está fechado el 14-V-1889), recogido por A. GHIRALDO, *Obras inéditas*, vol. VII (*Cronicón, 1886-1890*), Renacimiento, Madrid, 1923, p. 212. La cursiva es nuestra. Galdós insiste en la perfección de su recuerdo («recuerdo perfectamente, como si lo hubiera presenciado ayer», p. 215).

⁹ Utilizamos la edición Alianza/Hernando, Madrid, 1980, p. 125, capítulo XXI. CF. C.-N. ROBIN, «*La de los tristes destinos: un roman historique tardif*», in *Recherches sur le roman historique en Europe XVIII^e-XIX^e siècles (I)*, Annales littéraires de l'Université de Besançon, 1977,

pp. 211-249. Encontramos algo excesivo su juicio: «De Bayonne, où le héros du roman séjourne, ou de Paris, nous ne voyons rien» (p. 216).

¹⁰ Nos servimos de la edición preparada por F. CARLOS SAINZ DE ROBLES en la recopilación, *Recuerdos y Memorias*, Tebas, Madrid, 1975, capítulo III, pp. 195-197. Estas *Memorias* se publicaron primero en *La Esfera* de Madrid, en 1915-1916.

¹¹ *Id.*, p. 196. La cursiva es nuestra.

¹² Cf. por ejemplo acerca del viaje a París de diciembre de 1899 a marzo de 1900 el estudio de F. ETIENVRE («Galdós en France avant Electra [Notes sur les articles critiques et les traductions, Lettres inédites de Galdós, Heredia et Zola]», *Bulletin Hispanique*, Burdeos, LXXVIII, 1976, pp. 99-136), quien constata «qu'on est fort mal renseigné, d'une façon générale, sur les voyages de Galdós (...)» (p. 125).

¹³ Cf. J. BEYRIE, *Op. cit.*, p. 117.

¹⁴ J. PÉREZ VIDAL, «Acercamiento a *La Fontana de Oro*», in *Actas del segundo congreso internacional de estudios galdosianos*, Excmo. Cabildo Insular de Gran Canaria, Las Palmas, 1979, p. 216. Cf. también P. ORTIZ ARMENGOL, «Preámbulo de Galdós en París», *La Estafeta literaria*, Madrid, n.º 373, I-VII-1967, pp. 14-16.

¹⁵ N.º I, 15-IV-1867, p. I/II. Cf. también sus *Cuadros contemporáneos*, *op. cit.*, pp. 95-96.

¹⁶ Commission impériale, *Rapport sur l'Exposition universelle de 1867, à Paris (...)*, Imprimerie Impériale, París, 1869, p. 446, cuadro n.º II. Los trabajos recientes más estimulantes son los de WERNER PLUM (*Les expositions universelles au XIX^e siècle, spectacles du changement socio-culturel*, Friedrich-Ebert-Stiftung, Bonn-Bad Godesberg, 1977, 176 p. —existe edición española), M. REBÉRIOUX («Approches de l'histoire des Expositions Universelles à Paris du Second Empire à 1900», *Bulletin du Centre d'Histoire économique et sociale de la région lyonnaise*, Lyon, 1979, n.º I, pp. 1-20), y P. ORY (*Les Expositions Universelles de Paris*, Ramsay, París, 1982, 157 p.). Cf. también nuestro trabajo, «España en París. Les espagnols à l'Exposition universelle de 1867», in *Voyages et séjours d'espagnols et d'hispano-américains en France*, Publications de l'Université de Tours (Série «Etudes hispaniques», IV, 1982, pp. 77-117).

¹⁷ El grupo I.º comprende las obras de arte (clases 1 a 5), el grupo II, el Material y aplicaciones de las artes liberales (clases 6 a 13), el grupo III, los muebles y otros objetos para habitaciones (clases 14 a 26), el grupo IV, los vestidos, incluso los tejidos, y otros objetos para uso de las personas (clases 27 a 39), el grupo V, los productos brutos y trabajos de las industrias extractivas (clases 40 a 46), el grupo VI, los instrumentos y procedimientos de las artes usuales (clases 47 a 66), el grupo VII, los alimentos frescos o en conserva en diversos grados de preparación (clases 67 a 73), el grupo VIII, los productos vivos y modelos de establecimientos de Agricultura (clases 74 a 82), el grupo IX, los productos vivos y modelos de establecimientos de horticultura (clases 83 a 88), y el grupo X, los objetos con el fin especial de mejorar la condición física y moral de la población (clases 89 a 95) —cf. Exposición universal de 1867—. *Catálogo general de la sección española publicado por la Comisión regia de España*, Imprenta general de Ch. Lahure, París, 1867, pp. 24-50.

¹⁸ Cf. Exposition Universelle de 1867, *Rapports du Jury International*, Introducción por Michel Chevalier, Imprimerie Administrative de Paul Dupont, París, 1868, pp. 1-2, y A. DÉMY, *Essai historique sur les Expositions Universelles de Paris*, Librairie Alphonse Picard et fils, París, 1907, pp. 148-149.

¹⁹ *Un año en París*, Establecimiento tipográfico de El Globo, Madrid, 1875, pp. 60-61.

²⁰ *La de los tristes destinos*, *op. cit.*, p. 128.

²¹ *Rapport sur l'Exposition universelle de 1867*, *op. cit.*, p. 448, cuadro n.º 42 («Mouvement comparatif des étrangers dans les hôtels garnis de Paris pendant les Expositions de 1855 et 1867»). El número de españoles registrados en 1867 supera en un 78 % el de 1855 (4.358). Desde luego, hay que tener en cuenta el número de visitantes que logra habitación en conocido suyo o sin pasar por el circuito oficial.

²² 13.503 habitantes de las «repúblicas de América central y meridional, del Brasil y del reino de Hawái» se hospedaron en hoteles parisienses durante la época de la Exposición (*Rapport*, *op. cit.*, p. 448).

²³ Entre los que figura Joaquín Costa que redacta en esta ocasión *Ideas apuntadas en la Exposición Universal de 1867 para España y para Huesca* (Imprenta de Antonio Arizón, Huesca, 1868,

163 p.), e *Instituciones económicas para obreros. Las habitaciones de alquiler barato en la Exposición Universal de París* (Casa Editorial Monclús, vol. XV de la «Biblioteca Costa», Madrid, 1918, 128 p.). ¿Llegó Galdós a conocer a Costa?

²⁴ Cf. J. DE CASTRO Y SERRANO (*España en París. Revista de la Exposición universal de 1867*, *op. cit.*, n.º 3, 15-V-1867, pp. 35-36) (...) Las provincias principales de España, muchas corporaciones y bastante empresas y periódicos, tienen en París representación activa e inteligente, que satisfaga sus intereses de todo género. En la imposibilidad de conocer y recordarlos a todos, citaremos a los Sres. Bravo y Destuet, que representa a *La Correspondencia de España*; Maldonado Macanaz a *La Epoca*; Calvo a *El Diario Español*; Castelar a dos periódicos de América; Fernández de Castro al *Diario de la Marina*; Ochoa a la *Crónica de Nueva-York* (...).

²⁵ Cf. nuestro trabajo, «*España en París. Les espagnols à l'Exposition universelle de 1867*», *op. cit.*, pp. 85-88.

²⁶ Cf. el volumen colectivo *Voyages et séjours d'espagnols et d'hispanoaméricains en France*, Publications de l'Université de Tours (Série «Etudes hispaniques», IV), Tours, 1982, 193 p. Algunos relatos de viajeros españoles figuran en las bibliografías de F. BELLO SANJUÁN (*Ensayo Bibliográfico. Libros de viaje y libreros de viejo*, G.A.I.C.E., Madrid, 1949, pp. 48-86) y de F. DE LAS BARRAS Y DE ARAGÓN («Viajeros españoles de los siglos XIX y XX. Estudios bibliográficos», *Boletín de la Real Sociedad Geográfica*, Madrid, t. LXXXVIII, 1952, n.º 1-3, pp. 7-109, 239-327, 469-541). En apéndice a nuestro estudio «*España en París. Les espagnols à l'Exposition universelle de 1867*», *op. cit.*, figura una relación de informes y recuerdos de personalidades españolas relativos a la Exposición universal de 1867, pp. 105-106.

²⁷ *Op. cit.*, p. 195.

²⁸ El periodismo no paga. Cf. sus respuestas a L. ANTON DEL OLMET y A. GARCÍA CARRAFFA (*Los grandes españoles: Galdós*, Pueyo, Madrid, 1912, p. 38): «¿Vivía usted, entonces, de lo que ganaba trabajando en los periódicos? —Preguntamos a don Benito. —No; contestó en el acto. —Vivía de lo que me mandaba mi familia desde Canarias.»

²⁹ Cf. J. BEYRIE, *Op. cit.*, t. I, pp. 100-101.

³⁰ Cf. R. de MESA, *Don Benito Pérez Galdós. Su familia. Sus mocedades. Su senectud*, Pueyo, Madrid, 1920, p. 28.

³¹ L. ANTON DEL OLMET y A. GARCÍA CARRAFFA, *Op. cit.*, p. 31. Cf. H. CHONON BERKOWITZ, *Op. cit.*, p. 52.

³² L. ANTON DEL OLMET y A. GARCÍA CARRAFA, *Op. cit.*, p. 31. Cf. *Memorias de un desmemoriado*, *op. cit.*, p. 196 («en aquel verano»). Notemos que después no acostumbrará Galdós a pasar el verano en Francia: «aun cuando mis itinerarios de viaje veraniego no suelen comprender a París es éste un año tan excepcional, que los lectores de *La Prensa* no me perdonarían que omitiese la vueltecita por la capital de Francia (...)» (*La Prensa*, 18-X-1889, in *Las cartas desconocidas de Galdós en «La Prensa»*, *op. cit.*, p. 354).

³³ *La Prensa*, 20-VI-1889, in *Obras inéditas*, *op. cit.*, vol. VII, p. 215: «Recuerdo también la parada de cincuenta mil hombres a que asistió con el Emperador el Sultán de Turquía Abdul Azis, y el desfile en Longchamps en el tiempo que duró la Exposición, desde mayo a octubre». Galdós confunde seguramente el período de apertura de la Exposición (I-IV-1867 a 3-XI-1867) con su propia estancia. La cursiva es nuestra. En este mismo artículo para *La Prensa*, Galdós recuerda la fiesta del 15 de agosto (*id.*).

³⁴ J. PÉREZ VIDAL, *Op. cit.*, p. 218, a partir del expediente universitario de Galdós. El plazo de inscripción ha sido vencido, y Galdós aduce como razones de su retaso «hallarse ausente de Madrid y enfermo». La gestión fracasará: Galdós será eliminado de las aulas, por inasistencia.

³⁵ *Memorias de un desmemoriado*, *op. cit.*, p. 196.

³⁶ *Id.*, pp. 196-197. Cf. H. C. BERKOWITZ, *Op. cit.*, p. 52, que nos descubre el entusiasmo y la precipitación de Galdós que salta casi en el tren: «Of course he could get ready for a trip even on that short notice! Several minutes before train time he appeared at the Norte Station with a book under one arm and a few personal articles wrapped in newspapers under the other». La disponibilidad de Galdós es evidente.

³⁷ A. GERMOND DE LAVIGNE, *Espagne et Portugal*, Librairie Hachette (Collection des guides Joanne-Guides Diamant), Paris, 1872 (2.ª ed.), p. I. En *La de los tristes destinos*, *op. cit.*, p. 125, Ibero y Teresa viajan desde Bayona vía Dax en trenes ómnibus que «no eran un prodigio de velocidad».

³⁸ A. GERMOND DE LAVIGNE, *Op. cit.*, p. 3, y *Calendario madrileño para el año de 1873*, Imprenta de Miguel Ginesta, Madrid, 1872, p. 76. Corregimos los datos facilitados en nuestro estudio anterior («España en París. Les espagnols à l'Exposition universelle de 1867», *op. cit.*, p. 84) que, por confusión, se refieren a San Sebastián.

³⁹ *Calendario madrileño, op. cit.*, p. 76. Hubo precios reducidos para la Exposición.

⁴⁰ *Op. cit.*, p. 125.

⁴¹ *Memorias de un desmemoriado, op. cit.*, p. 195.

⁴² Cf. *id.*, p. 269: «En los años 1901 y 1902 frecuentaba yo París, no sólo por la atracción que ejercía siempre sobre mí la gran metrópoli (...)». Subrayamos. Cf. también la carta de Galdós al hispanista francés Morel-Fatio del 25-III-1900 (in Jean Lemartinel, «Galdós en France en 1900», *Letras de Deusto*, IV, n.º 8, julio-diciembre 1974, p. 275): «A pesar de los fracasos, Francia me enamora. París me seduce y no renuncio a conquistar su atención en otra campaña».

⁴³ Cf. J. BEYRIE, *Op. cit.*, t. I, p. 150. Añadamos también la influencia de su profesor de literatura latina en la Universidad de Madrid, Alfredo Adolfo Camus, de origen francés y educado en París, y al que Galdós rendirá homenaje en las columnas de *La Nación* (cf. J. BLANQUAT, «Lecturas de juventud», *Cuadernos Hispanoamericanos*, Madrid, n.ºs 250-252, octubre 1970-enero 1971, p. 213). Cf. *La de los tristes destinos, op. cit.*, p. 123: «Ibero vio en París el grande horizonte, la amplitud en las ideas».

⁴⁴ *La de los tristes destinos, op. cit.*, p. 125.

⁴⁵ *Op. cit.*, p. 195. Cf. *La de los tristes destinos, op. cit.*, p. 126: «Las horas que Teresa pasaba entre encajes y blondas las consagraría Santiago al divagar por París, aprendiendo en la práctica el laberinto de calles, bulevares y avenidas».

⁴⁶ *Memorias de un desmemoriado, op. cit.*, p. 195. Cf. L. ANTÓN DEL OLMET y A. GARCÍA CARRAFFA, *Op. cit.*, p. 31: «Le gustó París extraordinariamente; despertó en él sensaciones nuevas, y creció de tal forma su deseo de conocer la población palmo a palmo que, provisto de un plano, se pasó la mayor parte de los días en la calle recorriendo todo. Esto le proporcionó un perfectísimo conocimiento de la populosa capital».

⁴⁷ *Op. cit.*, p. 126.

⁴⁸ *París diamante*, Nueva guía por Adolphe Joanne, L. Hachette (Colección de Guías Joanne. Guías diamante), París, 1867, VIII-392 p.

⁴⁹ *Guía de París o sea París y la Exposición escrita expresamente para los viajeros españoles y americanos*. Contiene todas las noticias útiles al extranjero desde el momento que llega a París hasta que sale. Estancia en París. Noticias generales, modo de visitar sus monumentos, paseos y museos, sitios de placer y establecimientos públicos, curiosidades y una noticia de la Exposición, Librería Española y Extranjera, París, 1867, 172 p.

⁵⁰ *Plan-Bijou de Paris*, s.l., s.a., y Anónimo. *Plan-Omnibus de Paris*, s.l., s.a. (H. CHONON BERKOWITZ, *La biblioteca de Benito Pérez Galdós, op. cit.*, p. 204).

⁵¹ RICHARD, *Guide du voyageur en France* (26.ª ed.), París, 1866 (*La biblioteca de Benito Pérez Galdós, op. cit.*, p. 221, que cita una edición anterior de la misma guía, *Guide du voyageur en France et en Belgique*, París, 1851).

⁵² *Memorias de un desmemoriado, op. cit.*, pp. 195-196.

⁵³ *La de los tristes destinos, op. cit.*, p. 128. Ibero ve también «una funcioncita en el Guignol mecánico de los Campos Elíseos» (*id.*, p. 134), rema «sobre el Sena en barquillas gallardas» (p. 129), y sale de excursión «con las compañeras del taller de encajes (de Teresa), y se les agregaban mozalbetes del comercio, obreros diamantistas y algún estudiante hirsuto y pálido del Barrio Latino» (*id.*).

⁵⁴ «Imperfecciones», III, n.º 6, 8-XI-1867 (*Benito Pérez Galdós y la Revista del Movimiento intelectual de Europa, op. cit.*, p. 227). El artículo fue reproducido con algunas ligeras variantes en *La Nación*, V, n.º 768, 16-V-1868 (cf. *Los artículos de Galdós en «La Nación», op. cit.*, p. 516).

⁵⁵ *Memorias de un desmemoriado, op. cit.*, p. 196. Cf. también *La Prensa* del 20-VI-1889 (*Obras inéditas, op. cit.*, t. VII, p. 213): «Las colosales obras de urbanización acometidas en París, le (Napoleón III) atraían las simpatías de una parte considerable de las masas obreras».

⁵⁶ *Memorias de un desmemoriado, op. cit.*, p. 195.

⁵⁷ *La de los tristes destinos, op. cit.*, p. 129.

⁵⁸ Cf. J. BEYRIE, *Op. cit.*, t. II, p. 84.

⁵⁹ *La de los tristes destinos*, op. cit., p. 128. La cursiva es nuestra. En la novela Galdós cita a Monteverde, militar canario (p. 127). Notemos que visitan la Exposición Nicolás Estévanez (*Fragmentos de mis Memorias*, Madrid, 1903, p. 211) y Carlos Frontaura (cf. su *Viaje cómico a la Exposición de París*, Rosa y Bouret, París, 1868, 303 p.) que Galdós conocía (Cf. *La Nación*, 5-I-1868 in *Los artículos de Galdós en «La Nación»*, op. cit., pp. 369-370).

⁶⁰ Op. cit., p. 126. Cf. también p. 127.

⁶¹ *Id.*, p. 128. La novela ofrece algunos elementos de interés para una historia social de la emigración española en París.

⁶² *Id.*, p. 128.

⁶³ *L'Exposition universelle de 1867. Guide de l'exposant et du visiteur avec les documents officiels un plan et une vue de l'Exposition*, Librairie de L. Hachette, París, 1866, p. 13. Cf. C. FRONTAURA, Op. cit., pp. 223-230.

⁶⁴ *La Prensa*, 20-VI-1889, in *Obras inéditas*, op. cit., vol. VII, p. 216. Cf. J. CASTRO Y SERRANO, *España en París. Crónica de la Exposición universal de 1867*, op. cit., p. 10: «Mezcla, pues, de viaje y enseñanza, de pasatiempo y de doctrina, es el conjunto de las observaciones que en los certámenes universales se forma comúnmente por los visitantes».

⁶⁵ *La de los tristes destinos*, op. cit., p. 129.

⁶⁶ «Revista de Madrid», *La Nación*, 5-I-1868, in *Los artículos de Galdós en «La Nación»*, op. cit., p. 366.

⁶⁷ Op. cit., p. 125.

⁶⁸ *Memorias*, op. cit., p. 196. En *La Prensa* del 20-VI-1889 (in *Obras inéditas*, op. cit., vol. VII, p. 215), al describir la muchedumbre reunida en ocasión de la fiesta del 15 de agosto, evoca su sentimiento de terror pánico: «Mezclarse con ella era como ser arrastrado por un torbellino humano del cual no se podía salir». Junto al gentío, el ruido y los olores están al origen de este malestar de Galdós en la Exposición (cf. C. FRONTAURA, Op. cit., p. 203, sobre los ruidos de la galería de máquinas: «Los que no han visitado la Exposición universal, no pueden haber oído jamás un ruido parecido al que producían las máquinas en movimiento en la galería baja del palacio de la Exposición»).

⁶⁹ *La Prensa*, 20-VI-1889, in *Obras inéditas*, op. cit., vol. VII, pp. 215-216.

⁷⁰ *Memorias*, op. cit., p. 195.

⁷¹ *La de los tristes destinos*, op. cit., p. 128.

⁷² *Rapport sur l'Exposition universelle de 1867*, op. cit., p. 441, cuadro n.º 9.

⁷³ En su *España en París. Revista de la Exposición universal de 1867* (Op. cit., n.º I, 15-IV-1867, pp. 3-4), J. Castro y Serrano se queja de la «exigua superficie» atribuida a España.

⁷⁴ *La Prensa*, 20-VI-1889, in *Obras inéditas*, Op. cit., vol. VII, p. 216. Cf. *Memorias*, op. cit., pp. 195-196: la Exposición «estaba instalada en un inmenso barracón elíptico (...) y rodeada de magníficos jardines, donde cada nación había levantado un edificio de su peculiar estilo». Nada dice Galdós del pabellón español, reproducción de un castillo antiguo, concretización de una España vuelta hacia su pasado.

⁷⁵ Op. cit., p. 128.

⁷⁶ *La Prensa*, 20-VI-1889, in *Obras inéditas*, op. cit., p. 215.

⁷⁷ *Memorias*, op. cit., p. 196. Cf. también *La Prensa*, 20-VI-1889, op. cit., p. 215: «estuvieron en París, además, el Zar de Rusia Alejandro II, el entonces rey de Prusia, Guillermo IV, después Emperador Guillermo I, el Rey de Portugal, el de España, don Francisco de Asís, el Príncipe de Gales y otras testas coronadas».

⁷⁸ *La Prensa*, 20-VI-1889, op. cit., pp. 214-215.

⁷⁹ Cf. A. DÉMY, Op. cit., pp. 154-165, y A. MARX, *Les souverains à Paris*, E. Dentu, París, 1868, XVIII-284 p.

⁸⁰ *La Prensa*, 20-VI-1889, op. cit., p. 215.

⁸¹ *Id.*, pp. 212-213. Cf. *La de los tristes destinos*, op. cit., p. 141: «El imperio francés era un poder falso y sin fundamento, estatua de bronce con pies de barro».

⁸² Cf. RAMIRO DE MAEZTU, «Lo que debemos a Costa», *El Heraldo de Madrid*, 13-II-1911: «Esta visita a París es el hecho central de la vida del difunto. Allí se dio cuenta de la inferioridad de nuestra cultura y de nuestra riqueza, y desde entonces hasta la hora de su muerte no pensó más que en la «Escuela y despensa».

⁸³ «La pintura española en la Exposición universal de París», *La Nación*, 10-II-1868, in *Los Artículos de Galdós en «La Nación»*, op. cit., p. 416.

⁸⁴ *Id.*, pp. 416-417.

⁸⁵ *La Prensa*, 20-VI-1889, op. cit., p. 212.

⁸⁶ «Revista de la semana», *La Nación*, 19-I-1868, in *Los artículos de Galdós en «La Nación»*, op. cit., p. 386.

⁸⁷ *Rapport sur l'Exposition universelle de 1867*, op. cit., p. 519, cuadro n.º 49. Cf. la «lista de las recompensas acordadas por el jurado internacional en favor de los expositores españoles, según el Catálogo publicado por la Comisión imperial» en el *Catálogo general de la sección española*, op. cit., pp. 493-504, y en J. CASTRO Y SERRANO, *España en París. Revista de la Exposición universal de 1867*, op. cit., n.º 12-13, pp. 200-203.

⁸⁸ *La Nación*, 10-II-1868, op. cit., p. 416.

⁸⁹ *Id.*, p. 416.

⁹⁰ *Id.*, p. 417. Cf. la conclusión del artículo, p. 420: «Si España hubiera llevado al Campo de Marte, como hemos dicho, lo mejor de las seis últimas exposiciones; si hubiera llevado sus grandes cuadros de historia y de religión, los paisajes de Haes, y lo mejor de Sanz, Fierros, Mercadé, Casado, y algo, aunque poco fuera, de este artista ignoto y casi legendario que se llama Fortuny, celeberrimo entre los pintores, y casi desconocido del público, tal vez hubiera podido aspirar al primer puesto entre las naciones que cultivan la pintura; y en el apoyo de sus grandes tradiciones artísticas, tal vez lo hubiera conseguido».

⁹¹ *La de los tristes destinos*, op. cit., p. 131.

⁹² *La Prensa*, 20-VI-1889, op. cit., pp. 216-217.

⁹³ «Revista de la semana», *Revista del Movimiento intelectual de Europa*, II, n.º II, 19-III-1866, op. cit., p. 171 (cf. también p. 190).